

UNA NUEVA NOVELA DE LARRETA

El Ebro es, indudablemente, un río de suerte, de buena suerte literaria. Rafael Sánchez Mazas lo ha cantado en tersa prosa cristalina, como los ríos han de ser cantados y contados; al son de sus aguas. Y varios novelistas españoles, más o menos heraclitanos, se han inspirado recientemente en las orillas de sus linfas iberas. Don Enrique Larreta, el último de los grandes modernistas hispánicos, universalmente hispánicos, vuelve ahora de su Buenos Aires natal, con una novela recentísima (1) que toma como símbolo y como título las mismas nobles y españolas riberas. Pero mientras en los Cuadernos riojanos de Sánchez Mazas el Ebro delata físicamente su presencia, y canta la jota, y suena jocundo y popular, en el nuevo libro de Larreta fluye lejano y como en secreto, símbolo y temple de una raza que acierta a expresarse con poderosa humanidad en las páginas de esta novela, tan rica en trama y en presagio.

Transcurre la obra, por así decirlo, interiormente, y los escenarios de que el autor se sirve—Segovia, Granada, Esquivias, la Rioja alavesa—coinciden con el discursivo anímico de los protagonistas, subrayando las situaciones y explicando, a la manera simbolista, el íntimo acontecer espiritual de los seres humanos, dramáticamente anudados en una recia y apasionada historia de amor.

La concepción del argumento—entre griego y romántico—revela invención muy levantada, y su humanísimo desenlace, trágico y piadoso a un tiempo mismo, escapa hasta bien avanzada la lectura a cualquier anticipación explicativa. Quiere esto decir que la atención se mantiene en suspenso durante todo el proceso de la obra y a través del entrecruzamiento, continuamente sabio, de la acción. La

ENRIQUE LARRETA

Orillas del Ebro (Novela)

ESPASA-CALPE. S. A.

psicología de los personajes en conflicto crea efectivamente la fábula, pero, como es natural en toda auténtica creación imaginativa, trasciende de ella, va más allá que la acción misma, y cobra un sentido ejemplar y universal. Universalmente español en este caso en que los personajes lo son hasta la médula de los huesos—el protagonista desciende por línea materna del Adelantado D. Pedro Mendoza, primer fundador de Buenos Aires—, y así es de española su filosofía y su temple vital. Tal vez la falta de hijos os quitó la ocasión de compartir congojas profundas. Lo único que une totalmente es el dolor. ¡Gran misterio! Sin dolor, el alma humana no da de sí su esencia, y no puede llegar, por lo tanto, a confundirse verdaderamente con otra. Gran misterio, en efecto, como que es el misterio de la Cruz.

Larreta es, desde su primero y más famoso libro, "La gloria de Don Ramiro", un ejemplo egregio e impar de escritor americano que vive el idioma, estéticamente, desde su entraña misma, sin más adscripción local o geográfica que la de la totalidad española de la cultura y el lenguaje. (Cabría preguntarse, entre paréntesis, cuál es la entraña misma, la raíz poética y viviente del lenguaje; ¿la popular o la culta? ¿o una síntesis artística de ambas?) Al borde del Plata nativo su verbo suena con la misma pureza y reciedumbre. Lo mismo cuando canta en "Zogóbi" el dolor de la tierra que encarna el hombre de la Pampa, que cuando se desplaza imaginativamente en el espacio y en el tiempo a la pedriza de Avila y al sosiego de sus viejas calles amuralladas. Su palabra no obedece a otra ley que a la inmanente y esencial del habla lita a la propia de la gente hispánica. Para poder decir como él dice, se requiere un poder, un señorío artístico sobre el lenguaje, de muy difícil maestría. Larreta manda sobre las palabras como auténtico señor de ellas. Y de ellas, de las palabras mismas, hace brotar la atmósfera, el ambiente de sus novelas. De todas las técnicas literarias quizá sea ésta la más ardua y la más noblemente arriesgada. En España, D. Ramón del Valle-Inclán la tuvo, egregiamente también, en una de sus fases o ciclos de creación. La virtud suscitadora del vocablo y su musical trabazón bastan para crear el ámbito, y aun el clima, de la novela o del relato. Se trata de un procedimiento, por lo tanto, estricta y genuinamente poético, si se entiende por poesía algo más amplio de lo que comúnmente suele ser entendido. Por eso Larreta escribe ahora una novela—una verdadera, densa, rica novela humana—en que el ambiente, tanto el íntimo de los personajes como el general de la acción, está simplemente dado a través de pausas y silencios, de alusiones y de omisiones, utilizando, incluso, una especial composición y distribución tipográfica que subraya, muy poderosamente por cierto, el ritmo sucesivo e interno de la obra, e influye, como si dijéramos, en la trama, preparando melódicamente su desenlace. En ningún instante, sin embargo, la pura detección verbal detiene o entorpece el despliegue narrativo o diluye el carácter de los entes de ficción. Sirve, antes bien, a su eficacia y a la vigorosa plenitud de cada trance y cada momento.

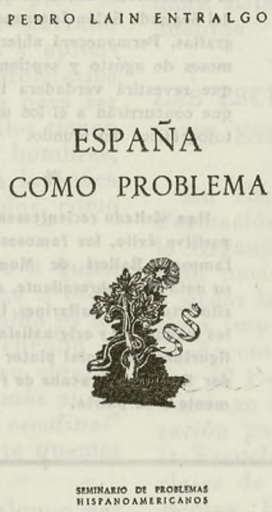
Larreta pertenece a una generación literaria afín y concomitante con la nuestra del noventa y ocho. Tiene de común con ella dos notas esenciales; su estética y su entrañada vivencia de lo español. Nueva y magnífica muestra de ello es esta novela, tan fiel a la realidad como a la fantasía de nuestra patria, tan exacta en la observación como densa en el amor y certera en el detalle. Cuantos personajes desfilan por sus páginas revelan un conocimiento seguro e intuitivo del alma española; "Yo soy como nuestra tierra—dijo, volviendo a reír—; o algo grande, o nada. Descubrimiento de América... Lepanto; o esperar. No hay nada mejor, en esta vida, que esperar." Y más adelante; "Tenía razón Andrea; España no era nación cotidiana. Era nación para grandes empresas. Que la cristiandad volviera a encontrarse en grave peligro, y ya se vería." Ningún otro escritor americano de genio—si exceptuamos a Rubén Darío—ha tenido una vocación hispánica tan fuerte, generosa y desinteresada, y ninguno ha sabido calar, como él lo hace, y al mismo tiempo, en el venero vivo del idioma y en la tenaz realidad espiritual de los hombres y de las tierras de España.—Leopoldo Panero.

(1) ENRIQUE LARRETA: ORILLAS DEL EBRO: Espasa-Calpe, S. A. Madrid 1949. 283 páginas.

Estos libros hemos leído

ESPAÑA COMO PROBLEMA

Viene este libro (1), breve y denso, de Pedro Laín Entralgo, a dar forma a un haz de meditaciones que hurgan con su cuestionario el alma alerta de la joven intelectualidad de España. Nadie tan preparado como su autor para adentrarse en esta maleza o gaba del problematismo radical de España y trazar un camino hacia campo raso. Quienes hemos seguido llenos de curiosidad, no exenta, según preferencias personales, de emoción o de temor, la peripetia intelectual, casi mejor diría la hazaña descubridora de Laín Entralgo, por la manigua fenomenológica de la historia española de los dos siglos últimos, forzosamente experimentamos como una liberación o desangustiamiento al leer estas páginas donde se nos da, en cuatro serenos y lúcidos capítulos, toda la sustancia de lo que yo llamaría crisis de España. Porque, ante todo, obra de discernimiento, más que de tesis, en cuanto Laín Entralgo nos ha dicho en sus libros anteriores y en éste. Discernir supone doble tarea: de una parte, distinguir y separar cuestiones; de otra parte, clasificarlas. Pero quien clasifica, pone orden en el barullo. La mente de Laín Entralgo es una mente ordenadora. Su virtud decisiva es el aplomo con que centra y alinea los problemas. Leyéndolo, se nos compone el caos interno. Tiene su prosa, lenta y grave, aunque se la ve capaz de cualquier acrobacia,



la mágica influencia que los paisajes claros y armoniosos: encalma y desangustia. Todo lo contrario de Unamuno, parece ser función de Laín la de volver a sí a los alterados españoles. Ni un párrafo sale de la pluma de Laín Entralgo que provoque reconcomio o ira. Y es que no lleva Laín por compañero y guía suyo a Eolo con sus vientos alzando tempestades, sino a Apolo con su claridad concertadora. Mejor aún, abandonando la mítica de la antigüedad, porque tal vez no concuerde con el ánimo esencialmente cristiano de Pedro Laín Entralgo, sería decir que le acompaña el numen evangélico de San Juan con su concepto de la Palabra-Luz, iluminadora de este mundo y con su imperativo de caridad universal: amaos los unos a los otros. No hay asomo de acritud en estas páginas, y eso que el tema es vidrioso si los hay. Tan vidrioso, que su solo enunciado hace hispir los arrostros para el combate. Pero Pedro Laín pertenece a una generación que, por haber entrado en liza muy pronto, ha superado las posturas negativas del odio y la cerrilidad. Almas anchas es lo que España—y el mundo—necesita para reajustar su fábrica chirriante. Modelo de almas anchas, a pleno aire, Pedro Laín ha dedicado una parte de su empeño intelectual a comprender—primer paso para encauzar—la forma dilemática y polarizada con que se han expresado los españoles de las dos últimas centurias. Quiere indudablemente Laín, con su método analítico—entre fenomenología y psicoanálisis—, aplicado a dilucidar el acontecer histórico, curar de íntimas rupturas al hombre español. España lleva dos siglos de vivir en guerra consigo misma: progresismo contra tradicionalismo. Por cinco veces desde 1808 los españoles se han enfrentado fratricidamente. La guerra civil ha sido el modo de existir España desde comienzos del siglo XIX. (¿Sólo desde esa fecha? ¿No data de un siglo atrás la escisión?) Cada español llevaba dentro dos guerrilleros intentando en mutuas emboscadas exterminarse. Con su investigación histórica, Pedro Laín ha buscado unificar por dentro—hacer uno—al hombre español.

Faena imposible, en una breve nota valorativa, espigar los conceptos, las conclusiones, las inferencias de que Pedro Laín Entralgo adensa este libro. He aquí una afirmación clave del capítulo primero del libro: "Entrambas utopías, la progresista y la tradicionalista, eran históricamente irreductibles a proyecto histórico hacedero." Y poco después. "Nuestros progresistas... no supieron o no quisieron ser históricamente españoles, y de ahí su radical esterilidad." Con no menor acuidad ve Laín el fracaso histórico del tradicionalismo: "No quisieron o no pudieron ser históricamente oportunos." Da Laín importancia relevante al temperamento—o "fuerza de la sangre"—de los españoles, caracterizándolos por una "discordante tensión polar entre una vida espiritual y operativa, y la más impetuosa y fulgurante vida del instinto". Así se explicarían lo mismo San Juan de la Cruz, que Goya, que Lope de Aguirre o José María el Empranillo o el anarquista incendiario. Con este esquema interpretaría Laín la historia de nuestros siglos XIX y XX. Escalona Laín las generaciones intelectuales del úl-

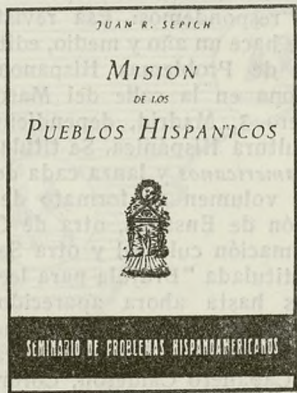
timo siglo en grupos que apellida de los sabios (Ramón y Cajal, Menéndez y Pelayo, Julián Ribera, Eduardo Hinojosa), de los predicadores (Costa, Macías Pica-vea, Pérez Galdós), de los literatos o soñadores (Unamuno, Ganivet, Baroja, Azorín, Machado, Maeztu, Valle-Inclán, Benavente), de los reflexivos (Ortega, D'Ors, Marañón, Pérez de Ayala, Angel Herrera, Américo Castro, Madariaga, Rey Pastor, Azaña). En filiación directa de esos grupos nace el grupo de los nietos, "seniores" y "juniores", que hoy realiza silenciosamente su tarea: Zubiri, Jiménez Díaz, Garrigues, Palacios, Dámaso Alonso, García Gómez, Rodríguez Bachiller, Guillén, Salinas, Jarnés, Alexandre, Montes, etc.

Quien quiera, en pocas páginas, formarse cabal idea de cómo han visto y sentido a España en función de problema los españoles del último siglo y qué salidas o soluciones han intentado de la aporía, no hallará otro libro tan ponderantemente, tan atinadamente, tan perspicuamente orientador como éste. En él ha sintetizado Laín Entralgo su mucho saber del problematismo español. Y del problematismo europeo y americano, pues, a modo de secuencias, da Laín en las páginas finales unas que pudéramos llamar perspectivas hacia el futuro, unas iluminaciones a relámpago de lo que Europa y América—y el debatido término de Hispanidad—pueden, deben ser. "La Hispanidad, reserva y levadura de España e Iberoamérica, no es, a la postre, sino una singular fidelidad a Europa." He aquí otra definición bien significativa: "Europa se define, en suma, por una misión creadora y operativa." Frente a la caligine, a la noche que nos circunda, pide Laín claridad, lucidez espiritual. Buena consigna: "La permanente abertura del espíritu al mundo es uno de nuestros postulados fundamentales; sin ella nos ahogamos, dejamos de ser." Y esta otra: "Ser fieles a muerte a lo esencial, a cambio de ser irónicos frente a lo accesorio." Los "juniores" de la última generación intelectual de España, entre los que Pedro Laín es guía por derecho propio, actúan con "voluntad de integración". Crean continuar "todo lo limpio y excelente de nuestra historia". Es la manera de empalmar en síntesis salvadora progresismo y tradición. Sentirse herederos del pasado—de la herencia total del pasado—y fundadores del porvenir. No meramente conservar ni aceptar en bloque el antes; es preciso escogerlo y adaptarlo al ahora. Y preparar, anticipar el después. A esta labor selectiva de lo heredado y anticipadora del mañana, es este libro de Pedro Laín—en su brevedad obligada, pues está formado por cuatro conferencias pronunciadas el año último en tierras transatlánticas—contribución capital y sustantiva.—Bartolomé Mostaza.

(1) PEDRO LAÍN ENTRALGO: ESPAÑA COMO PROBLEMA. Seminario de Problemas Hispanoamericanos, Madrid, 1949.

"MISION DE LOS PUEBLOS HISPANICOS"

Se inician los Cuadernos de Monografías del Seminario de Problemas Hispanoamericanos, con uno del padre argentino Juan Ramón Sepich que lleva por título *Misión de los pueblos hispánicos*. La elección del tema inaugural no puede ser más noble y ambiciosa: definir y proyectar, a un tiempo mismo, cuál sea la íntima y urgente tarea de los pueblos de habla española en la encrucijada presente del mundo. El padre Sepich divide su opúsculo en cinco breves secciones: El problema de nuestros pueblos, Nuestra Hispanidad, La crisis, Nuestra tesis histórica y La Hispanidad; y adopta generalmente una actitud poética y elocuente frente al grave y hondo tema de nuestro común destino histórico. Como se apunta muy certeramente en el prólogo editorial de este primer Cuaderno, "se asiste en América a un fenómeno intelectual curioso, cuya formulación consiste, primariamente, en la búsqueda de la propia expresión y en la realización



del ideal americano". Hace ya años que el gran crítico dominicano Pedro Henríquez Ureña escribió un libro titulado exactísimamente *En busca de nuestra expresión*, y que delataba este mismo y acuciador estímulo del espíritu americano. Las soluciones que el padre Sepich insinúa o propone coinciden siempre con la esencia de nuestro legado espiritual y tradicional. Su último capítulo—acaso el más definitorio—analiza el concepto de Hispanidad a través de la geografía, el idioma, el espíritu, la historia y la cultura. Y concluye oportunamente con estas palabras de Bobadilla en su *Política para Corregidores, señores de vasallos en tiempos de paz y de guerra*: "Con el olvido del pasado se va enfermado la inteligencia de lo presente, y conviene que haya invención, que por reminiscencia lo acuerde, para que con discreción se atine en la providencia de lo venidero."—L. P.

EL "NADAL" 1948.

El Premio Eugenio Nadal es el premio de novela más importante de España. El del año 1948 (1) lo ha obtenido la novela *Sobre las piedras grises*, de Sebastián Juan Arbó, joven escritor ya conocido por sus novelas de ambiente rural, y que con el libro que hoy comentamos se introduce por primera vez en el ambiente ciudadano. *Sobre las piedras grises* encierra la historia gris de un pobre funcionario administrativo, en la que pone toques violentos de drama la historia convulsa del anarquismo español. Sería mejor decir que sobre un fondo de tragedia social y política se desarrolla tenazmente, gris e indiferente, la vida de Juan Bauzá, vida iluminada tan sólo por la bondad elemental e instintiva del personaje que es la causante de su única complicación seria cuando acoge y esconde en su casa a un anarquista herido al que persigue la Policía y que acabará siendo el marido de su única hija.

Acierta el autor en la descripción de los ambientes de las épocas diversas en que se desarrolla la novela, y a través de las descripciones felices hay un poco de historia amable de la ciudad: Barcelona, la cual resulta así un poco personaje de la novela. Arbó escribe con limpieza, soltura y facilidad. Su estilo es directo y claro, sin retoricismo académico ni tampoco concisión periodística. Es el estilo propio del novelista que sabe adaptarse sin transiciones violentas a la descripción de ambientes y paisajes, a la narración de los hechos y al análisis psicológico de los personajes.

La edición, pulcramente presentada, pertenece a la colección "Ancora y Delfín", de las Ediciones Destino, S. L., de Barcelona.—Julio Ycaza.

(1) SEBASTIÁN JUAN ARBÓ: SOBRE LAS PIEDRAS GRISAS. Ediciones "Destino", S. L., Barcelona, 1949.